

# LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA EN ITALIA

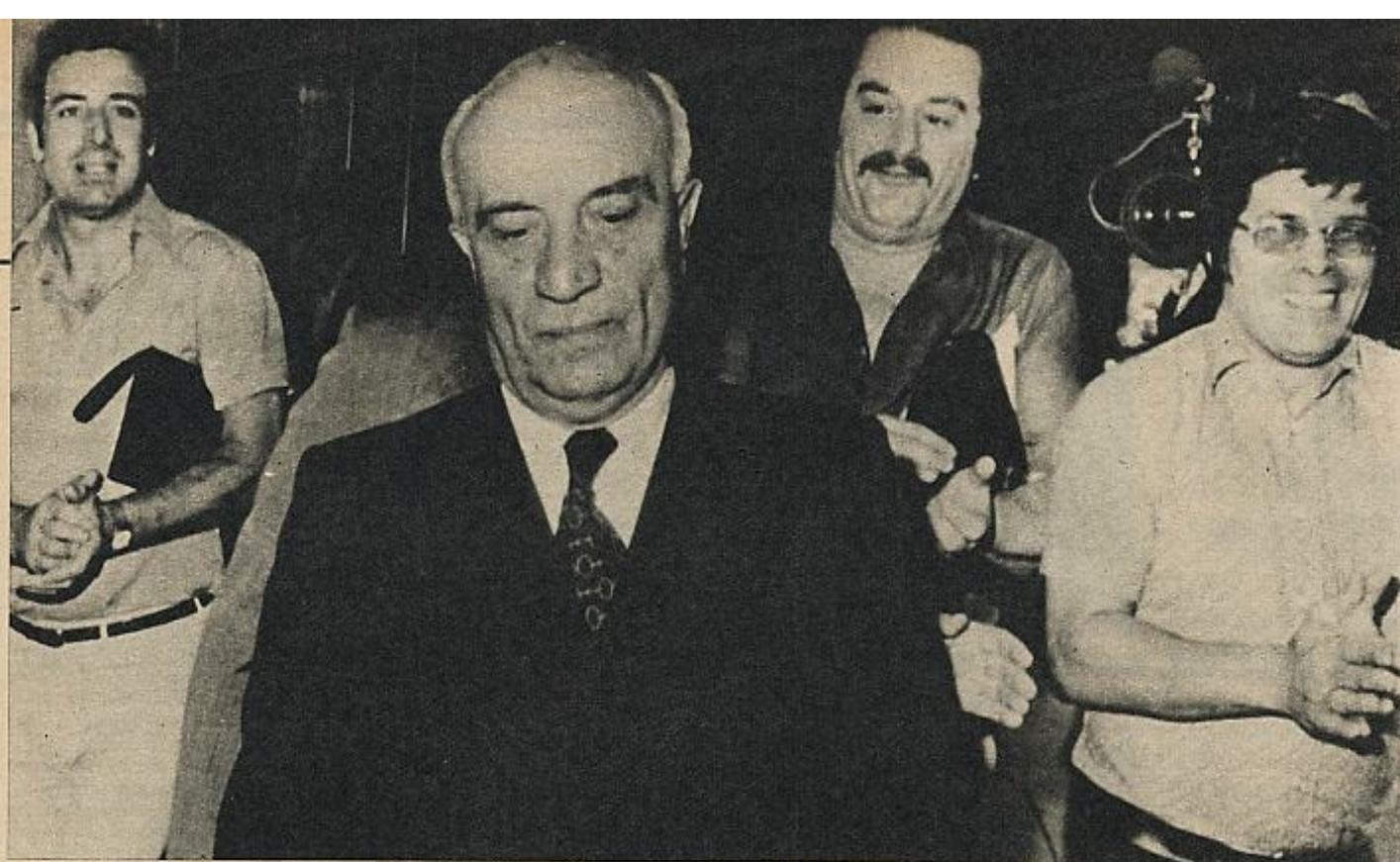
«**E**L porvenir de Italia ya no está en manos de la democracia cristiana»: la frase es de Aldo Moro, presidente del Consejo de Ministros, dirigiéndose al Consejo Nacional del partido reunido en Roma. La caída de Amintore Fanfani como secretario general —caída, porque se resistía a dimitir—, no es tanto una consecuencia de fracaso personal (aunque se acumule sobre él, además de la derrota electoral del 15 de junio, el desastroso referéndum nacional sobre el divorcio) como una cierta declaración de que toda la línea general del partido está deteriorada y no responde a las condiciones de la vida política y social del país. Se trata de una verdadera crisis del partido, con dimisiones en cadena dentro del comité directivo —Mariano Rumor, Emilio Colombo, Andreotti, Bisaglia— hechas en parte para estimular la del reticente Fanfani, en parte para permitir libremente el establecimiento de una nueva línea. Pero indudablemente nadie, dentro del partido y fuera de él, nadie se resiste a esa forma de exorcismo que consiste en achacar al caído todas las culpas del pasado, de la misma manera que en Argentina se vierte sobre López Rega todo el aceite hirviendo de la fortaleza de un régimen cercado que quiere salvarse por el sacrificio de un chivo expiatorio.

**E**S cierto que Fanfani ha encarnado ese orgullo que podríamos llamar satánico si no se tratase de tan eminente católico que ha sido parte del estilo final de la democracia cristiana italiana. Una consecuencia de la vieja frase de que «el poder desgasta». El poder, sobre todo, esclerotiza, anquilosa, roba flexibilidad e imaginación a quienes lo ejercen demasiado tiempo y se dejan convencer a sí mismos de la iluminación de sus verdades. Fanfani era el poder seco y lejano, el desprecio a las innovaciones o rectificaciones dentro de su propio partido, la seguridad en un cierto destino nacido de un cierto pasado. La democracia cristiana gobierna en Italia desde las elecciones generales del 18/19 de abril de 1948, apoyada entonces por los aliados, especialmente por los Estados Unidos mediante uno de esos planes generales que fueron la especialidad del secretario de Estado para extensas regiones geográficas. A la Europa Occidental le correspondía un sistema de centro cristiano, que reverdeciera las viejas enseñanzas de la Encíclica «Rerum Novarum» de León XIII y sus renovaciones políticas —tan inteligentes como las de Marc Sagnier— con su idea de que el poder debía residir en el pueblo siempre que el pueblo lo practicase dentro de los Evangelios. La idea simplificada de los Estados Unidos consistía en creer que la D. C. podría apartar la tentación del fascismo/nazismo en los países que lo había sufrido —o sostenido—, como Italia y Alemania, y al mismo tiempo desviar con su doctrina social las tentaciones marxistas, pero siempre sin dejar de servir al capitalismo, como base de una democracia. Demasiadas contradicciones. Las cuales tenían que estar apoyadas —y lo estaban— por una estructura de poder muy fuerte, por unas presiones suficientes como para mantenerse. Los avatares de la guerra fría convirtieron a esta democracia cristiana triunfante en una barrera política anticomunista que fácilmente la fue llevando a una especie de integrista, sostenido por personajes rocosos, como Adenauer en Alemania y Bidault en Francia, y como ahora por Fanfani en Italia. Ha pasado esta D. C. triunfante por muchas venturas internacionales en la posguerra, y no muy lejanas, como la curiosa derivación de la democracia cristiana en Chile que pasó del experimento de gobierno social naufragado en sus contradicciones a la invocación y preparación del golpe fascista en el que prácticamente ha perecido.

**F**ANFANI recibe ahora duros epítetos de la prensa italiana. Se habla de su antipatía y de su triunfalismo, incluso de su poco «estilo católico» al carecer de humildad y de piedad. Se habla de su soberbia y de su immoderado afán de notoriedad, de publicidad y, en suma, de su deseo de culto a la personalidad (a su personalidad, naturalmente). Quizá todas estas condiciones la llevó a la dirección del partido, a su resistencia a toda evolución, y las puso sobre el tapete en un asunto



El nombramiento del doctor Zaccagnini, a quien se considera en la izquierda del partido y en la amistad de Aldo Moro, parece indicar una considerable sensibilidad en la orientación del cambio.



La caída de Amintore Fanfani como secretario general no es tanto una consecuencia de fracaso personal como una cierta declaración de que toda la línea general del partido está deteriorada y no responde a las condiciones de la vida política y social del país.

famoso: el del referéndum acerca de la ratificación de la ley del divorcio. Fanfani entonces realizó una gran maniobra, que parecía enormemente inteligente y que lo hubiese sido si en realidad hubiera tenido algún contacto con la realidad. Ya el partido dividido, ya los católicos nuevos derivando hacia otras formas de justicia social distintas de las que le ofrecía la vieja D. C., Fanfani creyó que un tema como el del divorcio podría reunir de nuevo a los dispersos, puesto que lo consideraba como una base de la doctrina católica. Ignoraba seriamente que, por el contrario, una gran parte de la opinión del país estaba en contra de la insolubilidad férrea del matrimonio y optaba por fórmulas más moderadas, como la que proponía la nueva ley. Para la izquierda era fácil capitalizar políticamente esa tendencia, y sobre todo aislar a la D. C. en el tema con un solo aliado de los que condenan, como lo fue el neofascismo. A nuestro juicio, las desgracias de la D. C. italiana se hacen más patentes en el referéndum del divorcio que en ningún otro momento de su historia política, incluidas estas elecciones municipales, y es a partir de ese referéndum tan inoportuno cuando se inicia el gran declive. Fanfani aún arrastró a la Iglesia a su campaña, con grave daño para ésta que, sin embargo, es la única que le sigue defendiendo (el órgano oficial de la Santa Sede, el «L'Osservatore Romano», califica la defenestración de Fanfani de «inmerecido y peligroso acontecimiento»).

**E**N cuanto a las elecciones municipales han planteado un tema que Fanfani se negaba a admitir: la posibilidad de la colaboración con el partido comunista, con la nueva línea del P. C. de Berlinguer. En las renovaciones de las comunas de ciudades y aldeas, los comunistas, fuertes por sus nuevos votos, han provocado y tendido la alfombra de la colaboración (véase «El experimento de Venecia», en el número anterior de TRIUNFO; véase también dos artículos acerca del tema en el número 668) y está dando frutos. Muchos grupos locales de la D. C. hubieran intentado el «compromiso histórico» propuesto por el partido comunista a escala local de no haber recibido la consigna férrea de la dirección nacional —de Fanfani— de oponerse a ello con todas sus fuerzas: el resultado ha sido la colaboración (experimental, provisional, pero colaboración al fin) de socialistas con comunistas y, por lo tanto, el aislamiento de la democracia cristiana, arrojada a la terrible sima política de la oposición.

**E**L discurso de Aldo Moro ante el Consejo Nacional ha marcado la línea contraria al «fanatismo». El hombre que tiene toda la autoridad de ser presidente del Consejo de Ministros del país ha aceptado «el desplazamiento hacia la izquierda del eje político del país» no como algo circunstancial, sino como un hecho a tener en cuenta por su partido y para «abrir un capítulo nuevo en la historia de la República». Es importante en el discurso de Moro la nueva manera de considerar al partido comunista, que ha dejado de ser la encarnación del mal absoluto, como estaba inscrito en la línea clásica de la D. C., para ser «una gran fuerza popular», y ello por «su sensibilidad, su excepcional capacidad de penetración y de persuasión», y los análisis y estudios que le han

permitido ver con ojos nuevos el desarrollo y los objetivos de la sociedad italiana. «Queda por ver en qué medida estos puntos inscritos en el programa pueden ser realizados en una síntesis armoniosa. Queda por ver, más allá de la buena voluntad de las personas, cómo puede instaurarse un verdadero pluralismo social y político en el cuadro de la solidaridad Internacional del comunismo», porque hay «nudos que el P. C. no ha deshecho todavía y que son un obstáculo a la colaboración propuesta»; si la D. C. mantiene «una confrontación vigorosa y eficaz» con respecto al P. C., debe suceder también ahora, tras la nueva fuerza diseñada por los resultados electorales, que «la relación entre la mayoría y la oposición comunista sea constructiva y plena de significación, que sea un medio de contribuir, de manera dialéctica, a la dirección del país». Se trataría de establecer «un diálogo democrático en el interés de las poblaciones» mediante «serios contactos en la elaboración y la realización del programa y el papel concedido a la oposición comunista o demócrata cristiana» (en las comunas locales).

**¿T**ODO un cambio de estilo? Sí, con respecto a Fanfani. La sutileza y la utilización ambigua del lenguaje por Aldo Moro no son tan confusas como para no dar a entender claramente que el «fanatismo» ha muerto definitivamente, y que la expulsión —no he dimitido, me han echado», son al parecer las únicas palabras de comentario de Fanfani a la cuestión— no es sólo un acto votivo, sino que ha de tener grandes consecuencias futuras.

**P**ERO Aldo Moro no es tampoco la D. C. Aunque sus amigos le consideren como el más claro teórico, la división en por lo menos seis tendencias del partido y la abundancia de figuras nacionales con propósitos propios impiden pensar que ésta sea ya la nueva línea. La nueva línea puede ser más avanzada. O menos. Está por definir. Y probablemente no quede suficientemente definida en este Consejo Nacional. Habrá que esperar al otoño, al Congreso plenario, a que la base opine y se manifieste. El miedo de los dirigentes de la D. C. es el de no poder llegar al otoño en una posición gubernamental confortable, y hasta en verse obligados a convocar elecciones generales anticipadas.

**E**N todo caso, no hay que olvidar que aún en estas últimas elecciones el partido demócrata cristiano ha continuado siendo el primero del país en número de votos, aunque seguido muy peligrosamente de cerca por el comunista, y que sus doce millones de electores son una fuerza que puede aprovechar muy bien para seguir gobernando. Pero ya no con la impunidad, con la desenvoltura, de los años anteriores. Ya sabiendo, como ha indicado Aldo Moro, que el cambio de las estructuras sociales y del eje político del país no pueden continuar siendo ignorados. El nombramiento del doctor Zacagnini, a quien se considera en la izquierda del partido y en la amistad de Aldo Moro, parece indicar una considerable sensibilidad en la orientación del cambio: el sucesor de Fanfani tendrá que presentarse ante el Congreso de otoño con un programa concreto. ■